

David Garrido Navarro
LOS CAMINOS DE LA FUERZA

episodio 2º: LA FORJA DE UN SITH

para ti, Miguel, que has sido mi Fuerza todos estos años

Capítulo 18

Se mueve como un fantasma aparentemente a la deriva por el espacio. Sumergida en la oscuridad cósmica, no hay ojo que pueda verla ni radar que pueda detectarla. Viaja por la galaxia llevando en su interior una colonia entera de miles, incluso millones de seres entregados a su cuidado y con el objetivo de fecundar nuevos mundos donde crear nuevas colonias para esparcirse por el universo infinito, de un planeta a otro, de una estrella a otra, de una galaxia a otra. Son los yuuzhan vong, que en su extraña y gutural lengua significa literalmente “carne viva”; una carne viva que ellos adoran como a un dios, a la que cultivan y de la que se alimentan. Una carne viva a la que modelan para crear sus Koros-Strohna, “naves-madre”, que son en realidad seres vivos en sí mismos, en cuyo interior nacerá una nueva generación yuuzhun vong dispuestos a colonizar más mundos. Mundos donde poder cultivar el vong, ese extraño tejido orgánico que regurgitan de unas glándulas situadas cerca del estómago y que luego plantarán en un suelo fértil hasta que se desarrollen lo necesario. Una vez maduro, el tejido se recolecta y se lleva a los moldeadores, quienes construyen otro de esos seres vivos gigantes a los que los yuuzahn vong

llaman madre y que una vez terminado, se elevara del suelo, saldrá de la atmósfera de su planeta de origen y comenzará su eterna odisea, en busca de carne viva de la que alimentarse y de mundos a los que “fecundar”.

Poco más se sabe en realidad de esta extraña especie descubierta en la Zona Salvaje por un a flota mandaloriana durante la Guerra Civil Galáctica. Su carácter virulento y su férrea estructura social en forma de colonias diseminadas por el espacio -divididas éstas en diferentes castas: los cultivadores, los moldeadores, los guerreros, los cazadores...- los acerca más a otras especies de animales poco evolucionados de la galaxia que a cualquiera de las llamadas “razas inteligentes”. Por esta razón resulta del todo imposible negociar o incluso dialogar con ellos, ya que solo responden a un instinto fuertemente marcado en su código genético: crecer y multiplicarse por el espacio.

Se entró en contacto con ellos muchos años antes de la caída del Imperio, pero no resultaron un problema real hasta bien terminada la Guerra, cuando sus primeras naves-madre arrasaron varios satélites y planetas cerca del borde exterior. Estas Koros-Strohna, o “nidos” como las llaman los borg, crecen de tamaño al ser alimentadas por la colonia con carne animal y, mientras lo hacen, de sus paredes van surgiendo más y más vainas, dentro de las cuales se gestan nuevos individuos. Se han llegado a documentar naves del tamaño de satélites o planetoides, e incluso más grandes, en cuyo interior podrían albergar colonias de decenas y decenas de millones de individuos. Sin embargo, y a pesar del descomunal tamaño que pueden llegar a alcanzar, lo que hace que estas naves sean tan temidas y peligrosas es el hecho de que

pasen inadvertidas ante cualquier tipo de radar o localizador espacial. Esto se debe en parte a que en realidad estas naves son organismos vivos que se mueven por el espacio como un depredador en busca de alimento, o de un lugar donde crear una nueva colonia. Se desconoce que tipo de sensores utilizan estos organismos, pero lo cierto es que son capaces de detectar planetas o lunas que albergan vida, “carne viva” como ellos la llaman, y poner rumbo hacia ellos. El nido se detendrá justo en el límite gravitacional del planeta o satélite que va a ser fecundado y a continuación soltarán unos organismos vivos a los que llaman “dovin basal”, unas masas de tejido orgánico de forma irregularmente esférica generadas en el interior de la nave-madre y cuyo tamaño dependerá del tamaño de ésta. Su impacto es devastador, pues además de causar estragos similares a los de una lluvia de asteroides, estos dovin basals generan graves perturbaciones gravitatorias y electromagnéticas, dejando a los mundos que sufren sus ataques completamente indefensos. Pasado un tiempo, los dovin basals dejan paso a la invasión de los yorik-strohna, unos extraños vehículos voladores hechos de coral de yorik en donde las hordas yuuzhan son transportadas desde la “nave-madre” hasta el suelo del planeta a colonizar. Una vez en tierra, su objetivos serán la construcción de colonias y nidos y la caza de todo ser vivo que pueble dicho planeta, que les servirá de alimento tanto ellos como a los nuevos koros-strohna que moldearan con el vong cultivado en su nuevo mundo recién conquistado.

La conmoción de sus primeros ataques fue enorme, causando terror y repulsión a partes iguales en todos y cada uno de los mundos vinculados a la Liga. Sin embargo, lo que en un principio resultó la mayor baza de estos seres, el carácter biológico de

sus “nidos” que los hacía virtualmente indetectables, se convirtió en su mayor debilidad al encontrarse con los Jedis, quienes no tenían dificultad para captar las alteraciones en la Fuerza que causaban estas naves al tratarse de organismos vivos. Así pues, primero el maestro Skywalker y aún mas el maestro Solo, detuvieron su avance destruyendo todos los nidos y colonias cercanos al borde exterior. Al mismo tiempo, los antiguos esclavos cyborgs comenzaban a pujar por el control de los Territorios Salvajes. Éstos, debido a su naturaleza mitad mecánica y mitad biológica, representaban para los yuuzhan una repulsiva ofensa, pues les resultaba del todo imposible alimentarse a sí mismos o a sus naves con ellos: sus “estómagos” no podían procesar sus partes sintéticas o inorgánicas y al intentar digerirlas, tanto los yuuzhan como sus “naves-madre” se envenenaban y morían. Esto, unido a la limpieza de todo rastro yuuzhan vong llevada a cabo por los primeros Señores de la Guerra borg, dio como resultado su casi completo exterminio en esta zona de la galaxia, obligándolos a buscar alimento y mundos que “fecundar” en el espacio profundo.

Sin embargo, alguien sensible a la Fuerza todavía podría encontrar el rastro de alguno de sus nidos deambulando por los lugares más recónditos de la Zona Salvaje, en los límites del universo conocido. Debería saber donde buscar y podría seguir ese rastro, pero con suma cautela, pues de igual forma el nido podría también captar su presencia y entonces lo engulliría, como un pez gigante engulle a uno más chico. Y de esta forma todo ser vivo dentro de la nave capturada estaría condenado. ¿Todo ser

vivo? Si, ¿o es que acaso alguien podría sobrevivir dentro de un nido yuuzhan vong? Trey-Jeng Solo, junto con un pelotón de la Guardia de Endor, lo hizo una vez. Mataron un nido desde dentro. Era un nido pequeño, no más grande que un crucero, que cobijaba a una colonia de unos cien individuos. Y aún así no fue nada fácil. Pero ahora el rastro es mucho más intenso. La perturbación en la Fuerza es grande, y el Interceptor sigue su estela. Viaja solo y mientras lo hace calcula el tamaño de la nave que persigue y el número de individuos que puede albergar en su interior. Debe de ser un nido grande, aproximadamente del tamaño de un superdestructor, quizá más, lo que significa miles y miles de individuos dentro. Es una maniobra arriesgada, pero no tiene miedo. Nunca ha tenido miedo; no desde que el Padre Oscuro lo aceptó como hijo suyo. Él le enseñó otro camino, el que lo convirtió en lo que es ahora. Por eso no tiene miedo y sabe que nunca más en su vida volverá a tenerlo. Entonces recuerda...

Era una mañana clara de la estación cálida. Se había despertado al alba, como todas las mañanas, y tras desayunar un par de piezas de fruta había salido al jardín trasero del Palacio, donde lo esperaba su tío. Éste se hallaba sentado en el suelo del porche, con las piernas cruzadas y los ojos cerrados. Él lo acompañó y ambos estuvieron así, sentados el uno al lado del otro y en completo silencio, durante más de veinte minutos. Después, el Gran Maestro, se levantó y con una sonrisa le dijo “Vamos”. Y ambos salieron al patio y comenzaron sus ejercicios rutinarios.

Las primeras dos horas estaban dedicadas al trabajo físico: elasticidad y resistencia. Estiramiento, carreras, saltos y algunos ejercicios, los menos, destinados a aumentar su fuerza física. Después había una parada para reponer fuerzas. Comían

más fruta, bebían agua fresca y acto seguido comenzaban los ejercicios psíquicos. Él los odiaba, se sentía frustrado al ver que era incapaz de mover los objetos que su tío colocaba a su alrededor. Éste se armaba de paciencia y no dejaba de hablarle para tranquilizarlo y para que se concentrara, pero todo era inútil: los objetos nunca se movían ni lo más mínimo. Y así, después de algún que otro berrinche por su parte, la siguiente hora terminaba con ambos sentados de nuevo en el suelo y meditando en silencio. Luego, con él ya más calmado, el Gran Maestro volvía a ponerse en pie, sacaba de una caja de madera un sable de color azul y se lo entregaba. Empezaban entonces la clase de esgrima y lucha con sable. Era su clase favorita y ponía en ella todo su esmero. Aún así, y a pesar de que nadie podía negar que tenía una voluntad de hierro y un entusiasmo a prueba de bomba, sus habilidades eran limitadas y ciertos movimientos le resultaban del todo imposibles. No obstante se esforzaba mucho y su tío se lo agradecía siempre felicitándolo con una sonrisa.

Pero aquel día en concreto fue diferente. Durante los ejercicios mentales, se hallaba inmerso en otra de sus habituales barraqueras al no poder mover unas piezas de fruta que su tío había dispersado sobre la mesa del porche. Éste intentaba consolarlo, pero él, hundiendo su cara entre sus manos, no dejaba de llorar y llorar. Entonces ocurrió algo: de repente las frutas comenzaron a elevarse de la mesa. Y no una, sino todas ellas a la vez. Y a continuación comenzaron a dar vueltas y vueltas cada vez más rápido ante las miradas atónitas de ambos. Tras varios segundos girando a toda velocidad, las frutas se quedaron suspendidas en el aire y tras reunir las todas, estas fueron de nuevo depositadas sobre la bandeja que había en la mesa. Su tío

se levantó de la silla y salió al jardín. Allí estaba su hermano pequeño, de apenas cuatro años, que lo miraba sonriendo.

-Hazlo otra vez, Trey-Jeng, pero esta vez intenta levantarme a mí.

Su hermano, sin dejar de sonreír, cerró los ojos y levantó su minúsculo brazo derecho, y a continuación su tío comenzó a elevarse del suelo muy despacio.

Entonces recordó perfectamente su reacción: se puso de pie, volcó la mesa del porche y salió corriendo a perderse entre los árboles del jardín mientras oía a su tío que le gritaba: ¡Kaneyi, Kaneyi, Kaneyi!

Kaneyi, un nombre que ahora no significa nada para él. Un nombre que murió con el niño miserable que era y que fue enterrado hacía ya muchos años. Del mismo modo que su pasado, enterrando capítulo tras capítulo.

Aquella tarde fue su madre quien lo encontró subido a un árbol. Su padre estaba fuera, dirigiendo un convoy comercial y llegaría al día siguiente. Él no le hubiera consentido aquel desplante, y menos haber desaparecido durante todo el día, ausentándose incluso durante la comida. Estuvo escondido en el jardín al menos una hora y luego, cuando su tío fue a buscarlo, se escabulló y salió del Palacio para perderse en el bosque. Y allí estuvo hasta casi la hora de la cena, deambulando sin rumbo por caminos poco o nada transitados y escondiéndose de todos, en especial de sí mismo. Fue un día aciago y muy triste, porque fue entonces cuando tuvo claro lo que habría de pasar. Tuvo sentimientos encontrados hacia su hermano, sentimientos de amor y de odio a partes iguales, y en ese momento su cabeza se bloqueó. Luego estuvo llorando acurrucado entre la maleza y así se quedó dormido. Cuando despertó,

la tarde estaba cayendo. Tenía hambre y sed, así que puso rumbo a casa de nuevo con la sensación de que ya nada volvería a ser como antes. Se escurrió entre la guardia y llegó al jardín trasero del Palacio. Buscó un árbol frondoso y se subió a una de sus ramas a meditar. Fue allí donde lo encontró su madre. Lo andaban buscando todo el día y por eso esperaba una fuerte regañina por su parte pero, sorprendentemente, no la hubo. No, en absoluto, su madre se dirigió a él con tono tranquilo y pausado.

Todavía sus palabras resuenan en su cabeza:

-Vamos, hijo, baja de ahí, la cena está preparada.

-¿Estás enfadada, madre?

-Me he preocupado bastante, pero no, no estoy enfadada. Venga baja, todos te estamos esperando.

Su madre, que ahora revivía en sus recuerdos pero que formaba parte también de ese pasado muerto y enterrado. Se dijo a sí mismo que no, que nunca más volvería a desenterrarla. Y entonces apretó con fuerza una trenza que colgaba de su mano derecha y pensó en ella, en cuando la tuvo delante por última vez, hacía tan solo unos días. El último de los soles que iluminaba Tatooine se ponía y ella miraba desde el balcón los inmensos Bancos de Arena de B'omarr que se extendían bajo sus pies. Lo había presentido y esperaba paciente que él la encontrara, como así fue. Él se deshizo sin ninguna dificultad de los guardias que protegían el Monasterio, abrió la puerta y subió las escaleras. Cuando salió al balcón, su madre le dijo sin tan siquiera girarse:

-Hola, hijo, te estaba esperando.

-Hola, madre, lo sé, sé que me esperabas.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

